Libro Segundo

DE LA ACCION DIVINA

Y DE LA MANERA COMO ELLA TRABAJA SIN DESCANSO POR LA SANTIFICACION DE LAS ALMAS

Capítulo I

La acción divina está presente siempre y en todas partes, aunque no sea visible sino a los ojos de la fe

Todas las criaturas están vivas en la mano de Dios; los sentidos sólo perciben la acción de la criatura, pero la fe ve en todo la acción divina. La fe cree que Jesucristo vive en todo y obra todo a lo largo de los siglos, y que el más breve momento y el más pequeño átomo encierran una porción de esta vida escondida y de esta acción misteriosa. La acción de las criaturas es un velo que cubre los profundos misterios de la acción divina. Jesucristo, después de su resurrección, sorprendía a sus discípulos en sus apa-

riciones: se presentaba ante ellos bajo aspectos que lo ocultaban, y apenas se daba a conocer desaparecía. Este mismo Jesús, que sigue estando vivo y sigue obrando, sorprende también hoy a las almas que no tienen una fe suficientemente perspicaz.

No hay momento alguno en que Dios no se presente, bajo la apariencia de alguna obligación o de algún deber. Todo lo que se hace en nosotros, a nuestro alrededor y por medio de nosotros, encierra y recubre su acción divina, que está ahí muy real y muy ciertamente presente, pero con una presencia invisible, lo que hace que siempre nos sorprenda y que sólo conozcamos su operación cuando ya se ha pasado. Si horadásemos el velo, y si estuviésemos vigilantes y atentos, Dios se nos revelaría sin cesar, y nos gozaríamos con su acción en todo lo que nos ocurre: ante cada cosa diríamos: *Dominus est,* ¡es el Señor!, y en toda circunstancia encontraríamos que recibimos un don de Dios; consideraríamos a las criaturas como muy débiles instrumentos entre las manos de un operario omnipotente, y reconoceríamos sin dificultad que nada nos falta, y que el cuidado continuo que Dios tiene de nosotros lo lleva a proporcionarnos, en cada instante lo que nos conviene. Si tuviésemos fe, estaríamos bien dispuestos hacia todas las criaturas; las acariciaríamos y les agradeceríamos interiormente por todo lo que ellas nos sirven y se tornan tan favorables a nuestra perfección, aplicadas por la mano de Dios.

Si viviésemos sin interrupción una vida de fe,

estaríamos en un continuo trato con Dios, le hablaríamos de corazón a corazón. Lo que es el aire a nuestros pensamientos y a nuestras palabras, para poder transmitirlos, eso mismo sería, respecto de los pensamientos y palabras de Dios, todo lo que nos presenta para hacer o para padecer. Sería como el cuerpo de Su palabra; en todo se manifestaría al exterior; todo sería santo para nosotros, todo excelente. La gloria establece este estado en el cielo; la fe lo establecería aquí en la tierra; no hay diferencia sino en el modo.

La fe es la intérprete de Dios: sin las luces que ella proporciona, no se entiende nada del lenguaje de las criaturas. Es una escritura cifrada, donde no se ve sino confusión; es un macizo de espinas, y no suponemos que Dios pueda hablar de en medio de ellas. Pero la fe nos hace ver, como a Moisés, el fuego de la divina caridad ardiendo entre estas zarzas; nos da la clave de estas cifras y nos hace descubrir en esta confusión las maravillas de la sabiduría de lo alto. La fe da una faz celestial a toda la tierra, y es ella la que arrebata el corazón y lo transporta, para conversar en el cielo.

La fe es la luz del tiempo; sólo ella alcanza la verdad sin verla; ella toca lo que no siente, y ve todo lo de este mundo como si no existiese, viendo algo muy distinto de lo que las apariencias muestran. Ella es la llave de los tesoros, la llave del abismo, la llave de la ciencia de Dios. Es la fe quien declara falaces a todas las criaturas; es por ella que Dios se revela y se manifiesta en todas las cosas. Ella es quien las diviniza,

quien quita el velo y descubre la verdad eterna.

Todo lo que vemos no es otra cosa que vanidad y mentira; la verdad de las cosas se halla en Dios. ¡Cuán grande diferencia hay entre las ideas de Dios y nuestras ilusiones! ¿Cómo puede ser, que estando continuamente advertidos de que todo lo que ocurre en el mundo no es sino una sombra, una figura, un misterio de fe, sin embargo, sigamos siempre conduciéndonos con criterios humanos y dejándonos guiar por el sentido natural de las cosas, que no es más que un enigma? Caemos en la trampa como insensatos, en lugar de levantar los ojos y remontarnos al principio, a la fuente, al origen de las cosas, donde todo es sobrenatural, divino, santificante; donde todo forma parte de la plenitud de Jesucristo; donde todo es piedra de la Jerusalén celeste; donde todo entra y hace entrar en este edificio maravilloso. Vivimos como nos vemos o como nos sentimos, y así hacemos inútil esta luz de la fe, que nos conduciría con tanta seguridad en el laberinto de tantas tinieblas y apariencias, entre las cuales nos extraviamos como insensatos. Aquel, por el contrario, que se deja iluminar por la fe, no quiere otra cosa que a Dios y lo que venga de Dios, y vive siempre de Él, traspasando y dejando atrás las apariencias.

Capítulo II

La acción divina es tanto más visible al ojo de la fe, cuanto ella se esconde bajo apariencias más repugnantes

El alma iluminada por la fe está bien lejos de juzgar las cosas como aquellos que las miden por los sentidos, y que ignoran el tesoro inestimable que ellas encierran. Aquel que sabe que esa persona disfrazada es el rey, ciertamente se comporta a su llegada de muy otra manera que aquel otro que, al ver el aspecto de un hombre común, trata a esa persona según la apariencia. De la misma manera, el alma que ve la voluntad de Dios aun en las cosas más pequeñas, más desoladoras y más mortales, recibe todo con igual alegría, júbilo y respeto; frente a aquello que los demás temen y huyen con horror, abre de par en par sus puertas para recibirlo con honor. Las apariencias exteriores son modestas y los sentidos adoptarían una actitud de menosprecio; pero el corazón, bajo ese aspecto vil, reconoce y respeta la majestad real, y cuanto más ésta se abaja para venir modestamente y en secreto, más penetrado de amor se halla el corazón.

No me es posible expresar lo que el corazón siente cuando recibe a la divina Voluntad así hecha tan pequeña, tan pobre, tan anonadada. ¡Oh, cómo esta pobreza de un Dios, este anonadamiento hasta alojarse en un pesebre y reposar sobre un poco de paja, llo-

rando y temblando de frío, penetra en el hermoso Corazón de María! Interrogad a los habitantes de Belén y ved qué piensan de este niño: si hubiese estado en un palacio con la pompa de los príncipes, le habrían hecho mil reverencias. Pero preguntad en cambio a María, a José, a los magos, a los pastores: ellos os dirán que en esta pobreza extrema encuentran un algo que les hace a Dios más grande y más amable; lo que los sentidos echan de menos, realza, acrecienta y enriquece la fe; cuanto menos hay para los ojos, más hay para el alma. Adorar a Jesús en el Tabor, amar la voluntad de Dios en las cosas extraordinarias, todo eso no constituye tanto una vida excelente de fe cuanto el amar la voluntad de Dios en las cosas comunes y adorar a Jesús sobre la cruz, pues la fe nunca es tan excelentemente viva como cuando lo aparente y lo sensible la contradicen y se esfuerzan por destruirla. Esta guerra de los sentidos hace a la fe más gloriosamente victoriosa. Encontrar a Dios con igual facilidad en las cosas más pequeñas y más comunes, que en las más grandes, es tener una fe no común, sino grande y extraordinaria. Contentarse con el momento presente, es gustar y adorar la voluntad divina, en todo lo que se ofrece para hacer o para sufrir, vale decir en las cosas que por su sucesión constituyen el momento presente. Las almas así dispuestas adoran a Dios, con redoblado amor y respeto, en los estados más humillantes; nada hay que oculte a Dios al ojo penetrante de su fe. Cuanto más proclaman los sentidos "aquí no hay un Dios", más

abrazan y estrechan estas almas el ramillete de mirra; nada las asombra ni las disgusta.

Aunque María vea huir a los Apóstoles, permanecerá firme al pie de la Cruz y reconocerá a su Hijo, por más desfigurado que esté por los salivazos y las llagas. Más aún, esas llagas que lo desfiguran lo harán más adorable, más amable a los ojos de esta tierna Madre, y cuanto más se lo cubra de blasfemias, más grande será su veneración. La vida de fe no es sino una constante persecución de Dios a través de todo aquello que lo disfraza, lo desfigura, lo destruye, por así decirlo, y lo anonada. Es verdaderamente la reproducción de la vida de María que, desde el pesebre hasta el Calvario, permanece unida a un Dios que todos desconocen, abandonan y persiguen; de la misma manera las almas de fe atraviesan una serie continua de muertes, de velos, de sombras y de apariencias que se esfuerzan por tornar irreconocible la Voluntad de Dios; perseveran en ir tras esta Voluntad y la aman hasta la muerte de Cruz. Saben que siempre es preciso dejar atrás las sombras, para correr tras este divino sol que, desde su aurora hasta su ocaso, y por más sombrías y espesas que sean las nubes que lo ocultan, ilumina, calienta y abrasa los corazones fieles que lo bendicen, lo alaban, lo contemplan en todos los puntos de ese círculo misterioso.

Corred pues, almas fieles, contentas e infatigables, tras ese amado Esposo que marcha a pasos de gigante. Va de uno a otro extremo del cielo; nada puede ocultarse a sus ojos. Marcha por sobre las más

menudas hierbas, como por encima de los cedros. Las montañas se hallan bajo sus pies, lo mismo que los granos de arena. Dondequiera podáis poner el pie, Él ha pasado, y no hay sino que perseguirlo incesantemente para encontrarlo dondequiera os halleis.

¡Oh, qué deliciosa paz gustamos cuando aprendemos de la fe a ver así a Dios a través de todas las criaturas, como a través de un velo transparente! Entonces las oscuridades se hacen luminosas, y las amarguras suaves. La fe, al mostrarnos las cosas en su verdad, trueca en belleza su fealdad, y su malicia en bondad. La fe es la madre de la dulzura, de la confianza y de la alegría; no puede tener sino ternura y compasión para sus enemigos, que tanto la enriquecen a sus expensas. Cuanto más malévola es la acción de la criatura, más beneficiosa la torna la acción de Dios. Mientras el instrumento humano se esfuerza por dañar, el divino artífice, entre cuyas manos está, se sirve de su misma malicia para quitar al alma aquello que la perjudica.

La voluntad de Dios no tiene otra cosa que dulzuras, favores, tesoros para las almas sumisas; nunca será demasiado lo que confiemos en ella, ni excesivo el abandono a ella. Pues ella puede y quiere siempre lo que más habrá de contribuir a nuestra perfección, con tal empero que dejemos obrar a Dios. La fe no lo duda; cuanto más desconfiados, rebeldes, desesperados, inseguros están los sentidos, más dice la fe: ¡Ahí está Dios, todo va bien!

Nada hay que la fe no penetre y no supere. Ella

atraviesa todas las tinieblas, y por más esfuerzos que las sombras hagan, ella las traspasa para llegar hasta la verdad, abrazarla con firmeza y no separarse de lla jamás.

Capítulo III

La acción divina nos ofrece a cada instante bienes infinitos, y nos da en la medida de nuestra fe y de nuestro amor

Si sabemos encarar cada momento como la manifestación de la voluntad de Dios, hallaremos en cada uno de ellos todo lo que nuestro corazón puede desear. Pues ¿qué hay, en verdad, más razonable, más perfecto, más divino que la voluntad de Dios? ¿Acaso su valor infinito puede variar por algunas diferencias en los tiempos, los lugares o las cosas? Si se os comunica el secreto para hallarla en todo momento, en todas las cosas, tenéis ya lo que hay de más precioso, y más digno de vuestros deseos. ¿Qué otras cosas podéis desear, almas santas? Daos rienda suelta; llevad vuestros deseos más allá de toda medida y de todo límite; ensanchad, dilatad vuestro corazón hasta el infinito: tengo con qué colmarlo; no hay momento en que no os haga encontrar todo aquello que podéis desear.

El momento presente está siempre lleno de infinitos tesoros; contiene más tesoros que los que nuestra capacidad puede recibir. La fe es la medida: encontraréis tesoros en la medida en que créais. También el amor es la medida: cuanto más ama vuestro corazón, más desea; y cuanto más desea, más encuentra. La voluntad de Dios se presenta, en cada instante, como un mar inmenso que vuestro corazón no puede agotar. Vuestro corazón recibe de este mar en la medida en que se ensancha por la fe, por la confianza y por el amor; todo el resto de la creación entera no puede colmar vuestro corazón, que tiene más capacidad que todo aquello que no es Dios. Las montañas que espantan a los ojos no son sino átomos en el corazón. La divina voluntad es un abismo cuya boca de entrada es el momento presente: sumergíos en ese abismo y lo encontraréis siempre infinitamente más extendido que vuestros deseos. No aduléis a nadie, no adoréis fantasmas que nada pueden daros ni quitaros. Sólo la voluntad de Dios podrá colmaros sin dejaros vacío alguno; adoradla, id directamente a ella, traspasando y abandonando todas las apariencias. La muerte de los sentidos, su despojo, su destrucción constituyen el reino de la fe. Los sentidos adoran a las criaturas; la fe adora la voluntad divina., Quitadles los ídolos a los sentidos, llorarán como niños desesperados; pero la fe triunfa, pues no es posible quitarla la voluntad de Dios. Cuando el momento espanta, hambrea, despoja, abruma todos los sentidos, entonces es cuando nutre, enriquece y vivifica a la fe, que se ríe

de esas pérdidas como un gobernador en una fortaleza inexpugnable se ríe de los ataques inútiles.

Cuando la voluntad de Dios se ha revelado a un alma, y le ha hecho sentir que está dispuesta a dársele toda entera, con tal que el alma también, por su parte, se le entregue totalmente, el alma experimenta, en todo cuanto le ocurre, un poderoso auxilio; gusta por experiencia la dicha de esta visita de Dios, y goza de ella tanto más cuanto mejor ha comprendido, en la práctica, el abandono en que debe estar, en todo momento, frente a esta voluntad adorabilísima.

Capítulo IV

Dios se nos revela en los acontecimientos más comunes de una manera tan misteriosa, pero asimismo tan real y tan adorable, como en los grandes acontecimientos de la historia y en las Sagradas Escrituras

La palabra de Dios escrita está llena de misterio; su palabra ejecutada en los acontecimientos del mundo no lo está menos. Estos dos libros están verdaderamente sellados, la letra de ambos mata. Dios es el centro de la fe; es un abismo de tinieblas que, desde este hontanar, se expanden sobre todas las producciones que de ahí surgen. Todas esas palabras,

todas esas obras no son, por así decirlo, sino rayos oscuros de ese sol más oscuro aún. En vano abriremos los ojos del cuerpo para ver ese sol y sus rayos; aun los ojos de nuestra alma, mediante los cuales vemos a Dios y sus obras, son también ellos ojos cerrados. Las tinieblas ocupan aquí el lugar de la luz; el conocimiento es aquí una ignorancia, y sólo se ve no viendo. La Escritura santa en el lenguaje misterioso de un Dios aun más misterioso; los acontecimientos del siglo son palabras oscuras de este mismo Dios oculto y desconocido. Son gotas del mar, pero de un mar de tinieblas. Todas las gotas, todos los arroyos, responden a su origen. La caída de los ángeles, la de Adán, la impiedad y la idolatría de los hombres, antes y después del diluvio, en vida de los Patriarcas, que sabían y contaban a sus hijos la historia de la creación y de la conservación, todavía muy reciente... ¡he ahí palabras bien oscuras de la Sagrada Escritura! Un puñado de hombres preservado de la idolatría en la pérdida general de todo el mundo, hasta la venida del Mesías; la impiedad siempre dominante, siempre poderosa; ese pequeño número de defensores de la verdad siempre perseguidos y maltratados; la forma enque trataron a Jesucristo; las plagas del Apocalipsis... ¿Cómo? ¿Son éstas palabras de Dios? ¿Es esto lo que Él ha revelado?... ¡Lo que Él ha dictado!... Y los efectos de estos terribles misterios, que continúan hasta el fin de los siglos, son asimismo la palabra viviente que nos enseña su sabiduría, su poder, su bondad... todos los acontecimien-

tos que forman la historia del mundo expresan estos diversos atributos y los glorifican... ¡Ah! es preciso creerlo, pero no lo vemos.

¿Qué quiere decir Dios a través de los turcos, los protestantes, todos los enemigos de su Iglesia? Todo esto predica con estrépito. Todo esto significa las perfecciones infinitas. El Faraón y todos los impíos que le siguieron y que le seguirán no tienen otro destino; pero seguramente, si abrimos los ojos, creeremos ver lo contrario; es preciso cegarse y dejar de razonar, para reconocer allí misterios divinos.

Hablas, Señor, a todos los hombres en general por medio de los acontecimientos generales. Todas las revoluciones no son sino olas de tu Providencia que levantan tormentas y tempestades en el razonamiento de los curiosos. Hablas en particular a cada uno de los hombres, por lo que le ocurre en cada momento. Pero en lugar de oír en eso tu voz, de respetar la oscuridad y el misterio de tu palabra, no miran allí más que la materia, el azar, el humor de los hombres, y en todo encuentran motivo de protestas: quieren añadir, quitar, reformar; se atribuyen una libertad total para cometer excesos tales que el menor de ellos sería un atentado insólito si se tratara de una sola coma de las Sagradas Escrituras. Pues a éstas las respetan. Es la palabra de Dios, dicen, todo en ellas es santo y venerable. Si no se comprende nada, por eso mismo se tiene más veneración, glorificando y haciendo justicia a las profundidades de la sabiduría de Dios. Todo esto está muy bien. Pero lo que Dios os dice, queri-

das almas, las palabras que pronuncia a cada momento, que tienen por cuerpo no el papel y la tinta, sino lo que tenéis que hacer o que sufrir en cada momento ¿no merecen nada de vuestra parte?... ¿por qué no respetáis en todo eso la verdad y la voluntad de Dios? No hay nada que no os disguste; lo censuráis todo. ¿No veis que estáis midiendo por los sentidos y por la razón aquello que sólo puede medirse por la fe, y que leyendo con los ojos de la fe la palabra de Dios en las Sagradas Escrituras, cometéis grande yerro en leerla con otros ojos en sus operaciones?

Capítulo V

La acción divina continúa en los corazones la revelación comenzada en las santas Escrituras, pero los caracteres de que se sirve para escribirlas sólo serán visibles en el día del Juicio

"Jesucristo -dice el Apóstol- era ayer, es hoy y será hasta el fin de los siglos". Desde el comienzo del mundo, era como Dios el principio de la vida de las almas justas: su humanidad ha participado, desde el primer instante de su Encarnación, en esta prerrogativa de su divinidad. Él obra en nosotros todo el tiempo de nuestra vida; el tiempo que pasará hasta el fin

del mundo no es sino un día, y ese día está también lleno de Él. Jesucristo ha vivido y vive todavía; ha comenzado en sí mismo, y continúa en sus santos,una vida que no acabará jamás. ¡Oh vida de Jesús, que abarca, que excede todos los siglos! ¡vida que en todo momento realiza nuevas operaciones! Si no todos son capaces de comprender todo lo que se podría escribir de la vida terrena de Jesucristo, de lo que ha hecho o dicho sobre la tierra; si el Evangelio apenas nos esboza algunos breves trazos; si la primera hora es tan desconocida y tan fecunda, ¿cuántos Evangelios habría aun que escribir para narrar la historia de todos los momentos de esa vida mística de Jesucristo, que multiplica las maravillas hasta el infinito, y que las multiplica eternamente, pues que todos los tiempos, hablando con propiedad, no son sino la historia de la acción divina?

El Espíritu Santo ha puesto en evidencia, en caracteres infalibles e incontrovertibles, algunos momentos de esta vasta duración: ha reunido en la Escritura algunas gotas de este mar. Vemos allí por qué maneras secretas y desconocidas ha manifestado a Jesucristo al mundo. Pueden seguirse los canales y las venas que, en la confusión de los hijos de los hombres, distinguen el origen, la raza, la genealogía de este primogénito. Todo el Antiguo Testamento no es sino un esbozo de las profundidades inescrutables de esta divina obra; no hay allí más que lo necesario para llegar a Jesucristo. El Espíritu Santo divino ha mantenido oculto todo lo demás en los tesoros de su

sabiduría. Y de todo este mar de la acción divina, apenas si hace aparecer un hijo de agua que, habiendo llegado a Jesucristo, se ha perdido en los Apóstoles y se hunde finalmente en el Apocalipsis; de modo tal que la historia de esta acción divina, que consiste en toda la vida de Jesús lleva en las almas santas hasta el fin de los siglos, sólo puede ser adivinada por la fe.

A la manifestación de la verdad de Dios mediante la palabra ha seguido la manifestación de su caridad mediante la acción. El Espíritu Santo continúa la obra del Salvador. Al mismo tiempo que asiste a la Iglesia en representación del Evangelio de Jesucristo, escribe él mismo su propio evangelio, y lo escribe en los corazones: todas las acciones, todos los momentos de los santos son el evangelio del Espíritu Santo, con la pluma de su acción, escribe un evangelio viviente; pero sólo se lo podrá leer en el día de la gloria,cuando, después de haber salido de la prensa de esta vida, sea por fin publicado.

¡Oh, qué hermosa historia, el hermoso libro que el Espíritu Santo está escribiendo! ¡Está en prensa, almas santas! No hay día en que no se dispongan en él algunas letras, no se aplique la tinta, no se impriman algunas páginas. Pero estamos en la noche de la fe; el papel es más negro que la tinta; no hay sino confusión en los caracteres; es una lengua de otro mundo, no se entiende nada. No podréis leer este evangelio sino en el cielo. Si pudiésemos ver la vida de Dios, y mirar todas las criaturas, no en sí mismas,

sino en su principio; si pudiésemos, además, ver la vida de Dios en todos los objetos: cómo la acción divina los mueva, los mezcla, los reúne, los opone, los impulsa hacia un mismo fin por caminos contrarios, entonces reconoceríamos que todo tiene sus razones, sus medidas, sus relaciones en esta obra divina. Pero ¿cómo leer este libro cuyos caracteres son desconocidos, innumerables, vueltos del revés y cubiertos de tinta? Si la mezcla de veinticuatro letras es inagotable, de manera tal que son suficientes para componer hasta el infinito volúmenes diferentes y todos admirables, cada uno en su género ¿quién podrá expresar lo que Dios hace en el universo? ¿Quién podrá ver y comprender el sentido de un libro tan vasto, en el cual no hay una sola letra que no tenga su diseño particular y que no encierre en su pequeñez misterios? Los misterios no se ven ni se sienten: son objeto de fe. La fe no juzga de su verdad y de su bondad sino por su principio; pues, en sí mismos, ellos son tan oscuros que todas sus apariencias no sirven sino para ocultarlos, y para cegar a aquellos que juzgan por la sola razón.

¡Enséñame, divino Espíritu, a leer en este libro de vida! Quiero hacerme tu discípulo y, como un simple niño, creer en lo que no puedo ver. Me basta que mi maestro hable. Él dice tal cosa, él pronuncia así, él reune estas letras de esta manera, él se hace oír así; eso me basta, y creo que todo es como él lo ha dicho. No alcanzo las razones, pero él es la verdad infalible; todo lo que él dice, todo lo que él hace, es verdadero.

Quiere que estas letras estén juntas para formar una palabra, que de tal número salga tal otro. Se trata de tres, o de seis, no hacen falta más, y menos no bastarían; sólo él, que conoce los pensamientos, puede juntar las letras para escribirlos. Todo tiene un significado; todo tiene un perfecto sentido. Esta línea acaba aquí porque aquí debe acabar; no hay una coma que falte, ni un punto inútil. Ahora lo creo así, y cuando el día de la gloria me revele tantos misterios, veré lo que ahora no comprendo sino confusamente; y lo que me parece tan embrollado, tan lleno de dificultades, tan poco sensato, tan inconexo, tan imaginario, todo eso me arrebatará de admiración, me encantará eternamente por las bellezas, el orden, las razones, la sabiduría y las incomprensibles maravillas que ahí descubriré.

Capítulo VI

El amor divino se da a nosotros a través de todas las criaturas, que nos lo comunican velándolo, a la manera de las especies eucarísticas

¡Cuántas grandes verdades hay ocultas ante los ojos mismos de los cristianos que se creen sumamente abandonados! ¡Cuán pocos entre ellos comprenden que toda cruz, toda acción, todo atractivo dispuesto

por Dios nos da a Dios de una manera que no se puede explicar mejor que por la comparación con el más augusto de los misterios, el misterio eucarístico! Sin embargo ¿qué cosa hay más cierta?. ¿Acaso la razón, al igual que la fe, no nos revela la presencia real del amor divino en todas las criaturas y en todos los acontecimientos de la vida, de manera tan indubitable como la palabra de Jesucristo y de la Iglesia nos revelan la presencia de la carne sagrada del Salvador bajo las especies eucarísticas? ¿Acaso no sabemos que, a través de todas las criaturas y de todos esos acontecimientos, el amor divino desea unirse a nosotros? ¿que no ha producido, ordenado o permitido todo esto que nos rodea, todo esto que nos ocurre, sino con miras a esta unión que es el fin único de sus designios? ¿que se sirve, para alcanzar este fin, de las criaturas más malas lo mismo que de las mejores, y de los acontecimientos más enojosos al igual que de los más agradables? ¿y que esta unión con Él es tanto más meritoria cuanto más repugnantes son, por su propia naturaleza, los medios que nos sirven para establecerla? Pero si todo esto es verdad ¿qué impide que cada uno de los momentos de nuestra vida sea una especie de comunión con el amor divino, y que esta comunión de todos los instantes produzca en nosotros tanto fruto como aquella en que recibimos el cuerpo y la sangre del Hijo de Dios? Verdad es que ésta tiene una eficacia sacramental que la primera no posee; pero, por otra parte ¡cuánto más frecuentemente puede aquella ser renovada, y cuánto puede

acrecentarse su mérito por la perfección de las disposiciones con que se la realiza!.

¡Cómo resulta iluminada, y cuán sublime la vida de fe en su sencillez y su aparente bajeza! ¡Oh festín, oh fiesta perpetua! Un Dios siempre dado y siempre recibido; no en el brillo, en lo sublime, en lo luminoso, sino en todo aquello que de débil, de loco, de nada hay sobre la tierra!...

Dios elige lo que el espíritu natural reprueba, y todo lo que la prudencia humana deja de lado. Dios hace de todo ello otros tantos misterios, sacramentos de amor, y a través de aquello que más pareciera deber dañar a las almas, se entrega a ellas en la misma medida en que ellas creen allí encontrarlo.

Capítulo VII

La acción divina es tan indignamente tratada por muchos cristianos, en esta manifestación de cada día, como Jesús lo fue por los judíos en su carne

¡Cuántas infidelidades hay en el mundo! ¡Cuán indignamente se piensa en él acerca de Dios!, puesto que sin cesar se encuentra algo que criticar en la acción divina, cosa que no se atreverían a hacer con el más pequeño artesano, en cosas de su arte. Se la

pretende reducir, a esta acción divina, a no obrar sino dentro de los límites y según las reglas que nuestra pobre razón imagina. Se pretende encerrarla. No hay sino quejas y murmuraciones.

Nos sorprendemos del trato que los judios infligieron a Jesús. Y sin embargo, ¡oh, divino amor! ¡voluntad adorable! ¡acción infalible! ¿Cómo se os considera? La voluntad divina ¿puede acaso equivocarse, o venir a destiempo? Pero si tengo entre las manos tal asunto, y me falta tal cosa; me quitan los medios necesarios; tal persona se me atraviesa en una obra tan santa ¿no es eso absolutamente irracional? Esta enfermedad me ataca en el preciso momento en que en modo alguno puedo prescindir de mi salud. Pero yo afirmo que la voluntad de Dios es la única cosa necesaria, y así nada de lo que ella me da puede ser inútil. No, queridas almas. nada os falta. Si supieseis lo que son esos acontecimientos que vosotros llamáis reveses, contratiempos, contrariedades, en los cuales no veis nada que no sea inoportuno y sin razón, os cubriríais de vergüenza; os reprocharíais vuestras murmuraciones como verdaderas blasfemias. Pero no lo pensáis. Todo eso no es otra cosa que la voluntad de Dios, y esa voluntad adorable es blafemada por sus hijos queridos que no la reconocen.

Cuando estabas en este mundo, ¡oh mi Jesús los judíos te trataban de energúmeno, te llamaban samaritano; y hoy que vives en la eternidad, ¿con qué ojos miramos tu adorable voluntad, siempre digna de ben-

diciones y de alabanzas? ¿Ha habido acaso algún momento, desde la creación hasta este tiempo en que vivimos, y habrá jamás alguno hasta el día del juicio en el que el santo nombre de Dios no sea digno de alabanzas; este nombre que llena todos los tiempos, y lo que ocurre en todos los tiempos, y que hace saludables todas las cosas? ¿Cómo? ¿acaso aquello que se llama voluntad de Dios podría hacerme mal? ¿Habría yo de temer y de huir el nombre de Dios? ¿y dónde iría entonces para encontrar algo mejor, si aprehendo la acción divina sobre mí y rechazo el efecto de su divina voluntad?

¿Cómo debemos escuchar la palabra que se nos dice en el fondo del corazón en cada momento? Si nuestros sentidos, si nuestra razón no oyen y no penetran la verdad y la belleza de esa palabra ¿no es ello a causa de su incapacidad para las verdades divinas? ¿Debo acaso sorprenderme de que un misterio desconcierte a la razón? Dios me habla, es un misterio; es pues una muerte para mis sentidos y para mi razón; pues es propio de los misterios el inmolarlos. El misterio de la vida del corazón por la fe; fuera de allí no hay sino contradicción. La acción divina mortifica y vivifica al mismo tiempo; cuanto más de muerte se siente, más vida creemos que da; cuanto más oscuro es el misterio, más luz contiene. Esto es lo que hace que el alma sencilla no encuentre nada más divino que aquello que menos lo es en apariencia. La vida de fe se cifra toda entera en esta lucha continua contra los sentidos.

Capítulo VIII

La revelación del momento presente nos es más útil, porque se dirige directamente a nosotros

Sólo nos instruyen propiamente bien las palabras que Dios pronuncia expresamente para nosotros. Pues no es mediante los libros ni por la curiosa indagación de las historias como se hace uno sabio en la ciencia de Dios; esos medios no producen por sí mismos sino una ciencia vana y confusa, que hincha mucho. Lo que nos instruye es lo que nos acontece en cada momento; he ahí lo que forma en nosotros esa ciencia experimental que Jesucristo quiso adquirir antes de enseñar. Era, en efecto, la única en la que Él pudiese crecer, según la expresión del santo Evangelio, puesto que, siendo Dios, no existe grado alguno de ciencia especulativa que Él no poseyese. Pero si esta ciencia ha sido útil aun al mismo Verbo encarnado, para nosotros resulta absolutamente necesaria, si queremos hablar al corazón de las personas que Dios nos envia.

Sólo se sabe perfectamente aquello que la experiencia ha enseñado por el sufrimiento y por la acción. Esa es la escuela del Espíritu Santo, que habla al corazón palabras de vida, y todo lo que se dice a los demás debe brotar de esta fuente. Lo que leemos, lo que vemos, no se convierte en ciencia divina sino por esta fecundidad, esta virtud y esta luz que le da el haberlo experimentado en carne propia.

Todo eso no es sino una masa; le hace falta levadura, y debe sazonarla la sal de la experiencia. Y, cuando no hay otra cosa que vagas ideas sin esta sal, estamos como esos visionarios que creen saber los caminos a todas las ciudades, y se extravían yendo hacia su casa.

Es preciso, pues, escuchar a Dios, a cada momento, para ser docto en la teología de la virtud, que es totalmente práctica y experimental. Deja de lado lo que se dice a los demás; escucha lo que se te dice a ti y para ti; hay allí bastante para ejercitar tu fe, pues ese lenguaje interior de Dios la ejercita, la purifica, la acrecienta por su misma oscuridad.

Capítulo IX

La revelación del momento presente es una fuente de santidad que mana constantemente

¡Oh vosotros todos los que tenéis sed!, sabed que no tenéis que ir a buscar muy lejos la fuente de agua viva; ella brota muy cerca vuestra, en el momento presente; daos prisa, pues, para correr a ella. ¿Por qué, teniendo tan cerca la fuente, os fatigáis corriendo en pos de arroyuelos? Esos arroyuelos exacerban la sed, no os dan el agua sino muy medida; sólo la fuente es inagotable. Si queréis pensar, escribir y

vivir como los profetas, los apóstoles, los santos, abadonaos como ellos a la inspiración divina.

¡Oh, amor desconocido! pareciera como si vuestras maravillas se hubiesen agotado, y ya no hubiese otra cosa que copiar vuestras antiguas obras, citar vuestros discursos pasados! Y no se sabe ver que vuestra acción inagotable es una fuente infinita de nuevos pensamientos, de nuevos sufrimientos, de nuevas acciones, de nuevos patriarcas, de nuevos profetas, de nuevos apóstoles, de nuevos santos, que no tienen necesidad de copiar la vida ni los escritos los unos de los otros, sino de vivir en un perpetuo abandono a vuestras secretas operaciones. Continuamente oímos exclamar: ¡ah, los primeros siglos! ¡los tiempos de los santos! ¡Vaya una manera de hablar! ¿Acaso todas las épocas no son la sucesión de los efectos de la operación divina, que se extiende sobre todos los instantes, los colma, los santifica, los sobrenaturaliza a todos? ¿Ha habido alguna vez una antigua manera de abandonarse a esta operación, que ya no esté de moda? ¿Los santos de los primeros tiempos tuvieron otros secretos que el de ir haciéndose, de momento en momento, aquello que la acción divina quería hacer de ellos? ¿Y acaso esta acción cesará de derramar, hasta el fin del mundo, su gracia sobre las almas que se abandonen a esa sin reservas?

¡Sí, caro amor, adorable, eterno, y eternamente fecundo y siempre maravilloso! Acción de mi Dios, tú eres mi libro, mi doctrina, mi ciencia; en ti están mis pensamientos, mis palabras, mis acciones, mis

cruces. No es ciertamente consultando tus otras obras como yo llegaré a ser lo que quieres hacer de mí; es recibiéndote en todas las cosas por este único camino real, camino antiguo, camino de mis padres; pensaré como ellos, seré iluminado como ellos, hablaré como ellos: en eso es en lo que quiero imitarlos a todos, citarlos a todos, copiarlos a todos.

Capítulo X

El momento presente es la manifestación del nombre de Dios y el advenimiento de su reino

El momento presente es siempre como un embajador que declara el designio de Dios. El corazón pronuncia siempre el *fiat*. El alma va deslizándose así por todas estas cosas a su centro y a su término; jamás se detiene, va a todos los rumbos; todas las rutas y todas las modalidades la hacen avanzar igualmente hacia la alta mar y el infinito. Todo es para ella un medio; todo le es instrumento de santidad sin diferencia alguna. Lo único necesario se encuentra siempre para ella en el presente. No se trata ya de elegir entre oración y silencio, retiro o conversación, leer o escribir, reflexión o cesación de pensamientos, buscar a los espirituales, o huir de ellos; abundancia o escasez, debilidad o salud, vida o muerte; se trata,

solamente, de todo aquello que cada momento trae por designio de Dios. He ahí el desprendimiento, la abnegación, la renuncia a todo lo ceado, ya sea real o bien en el orden afectivo, para no ser nada por sí y para sí, para estar en todo en el designio de Dios y hacerlo todo por agradarle, cifrando su único contento en llevar el momento presente como si no hubiese en el mundo ninguna otra cosa que esperar.

Si todo lo que ocurre al alma abandonada a Dios es lo único necesario, se ve bien que nada le falta, y que jamás debe lamentarse: si lo hace es por falta de fe, porque vive guiándose por la razón o por los sentidos, los cuales, no viendo jamás esta suficiencia de la gracia, no están contentos. Santificar el nombre de Dios, según la expresión de la Escritura, es reconocer su santidad, amarlo, adorarlo en todas las cosas. Estas, en efecto, proceden de la boca de Dios como si fueran palabras. Lo que Dios hace en cada momento, es un pensamiento divino significado por una cosa creada; así, todas aquellas cosas en que Él nos intima su Voluntad son otros tantos nombres y otras tantas palabras en las que Él nos muestra su deseo. Esta voluntad no es sino una en sí misma; no tiene sino un nombre desconocido e inefable, pero se multiplica al infinito en sus efectos, que son otros tantos nombres que ella toma. *Santificar el nombre de Dios* es conocer, adorar y amar al Ser inefable que este nombre expresa. Es también conocer, adorar y amar su adorable voluntad en todo momento, en todos sus efectos; mirando todo eso como otros tantos velos, som-

bras, nombres de esta voluntad eternamente santa. Pues ella es santa en todas sus obras, santa en todas sus palabras, santa en todas sus maneras de aparecer, santa en todos los nombres que lleva.

Es así como Job bendecía el nombre de Dios. Esa desolación universal, que le significaba la voluntad de Dios, fue bendecida por este santo hombre; no la llamaba su ruina, sino un nombre de Dios; y, al bendecirla, proclamaba que esta voluntad divina, significada por las apariencias más terribles, era santa, cualquiera fuese el nombre y la forma que asumiese. David la bendecía también en todo tiempo y en todo lugar. Es pues por este continuo descubrimiento, por esta manifestación, esta revelación de la voluntad de Dios en todas las cosas, como su reino está en nosotros y Él hace en la tierra lo que hace en el cielo, y nos alienta incesantemente. El abandono a Su voluntad comprende y contiene toda la sustancia de esa incomparable oración dictada por Jesucristo. La recitamos vocalmente varias veces al día, según la disposición de Dios y de la santa Iglesia; pero la pronunciamos en todo momento en el fondo del corazón, cuando amamos padecer y hacer todo aquello que está ordenado por esa adorable Voluntad. Lo que la boca no puede pronunciar sino mediante sílabas, mediante palabras y en el tiempo, el corazón lo pronuncia realmente en cada instante, y las almas sencillas están así dedicadas a bendecir a Dios en el fondo de su interior. Gimen empero por su impotencia para bendecirlo tanto como ellas querrían; a tal

punto es verdad que Dios da a esas almas sus gracias y sus favores precisamente mediante aquello mismo que pareciera quitárselos. He ahí el secreto de la sabiduría divina: empobrecer los sentidos enriqueciendo el corazón, y colmar a éste tanto más cuanto aquellos experimentan un vacío más doloroso.

Aprendamos pues a reconocer en lo que ocurre en cada momento la huella de la voluntad de Dios y de su nombre adorable. Este nombre es infinitamente santo. Es pues justo bendecirlo, tratarlo como una especie de sacramento, que santifica por su propia virtud a las almas que no le oponen obstáculo. ¿Se puede acaso considerar lo que este nombre augusto implica, sin estimarlo infinitamente? Es un maná divino que desciende del cielo, para dar un crecimiento continuo en la gracia. Es un reino de santidad que viene al alma. Es el pan de los ángeles que se come en la tierra como en el cielo. Nada hay de pequeño en nuestros momentos, pues que todos ellos encierran tesoros de gracia, un alimento digno de los ángeles.

¡Si Señor, que este reino venga a mi corazón para santificarlo, nutrirlo, purificarlo, hacerlo victorioso de sus enemigos! ¡Precioso momento, cuan pequeño eres a los ojos del vulgo y cuán grande a los ojos iluminados por la fe! Y ¿cómo estimar pequeño aquello que es grande a los ojos de mi Padre que reina en los cielos? Todo lo que viene de allí es muy excelente. Todo lo que de allí desciende lleva el sello de Dios.

Capítulo XI

La acción divina lleva a todas las almas la santidad más eminente; para santificarse, basta con abandonarse a ella

Sólo el no saber aprovechar la acción divina es la causa de que tantos cristianos gasten toda su vida en correr con ansiedad tras una multitud de medios que pueden ser útiles, cuando esta divina acción los ordena, pero que se vuelven perjudiciales desde el momento en que impiden unirse simplemente a ella. Toda esta multiplicidad no puede dar lo que se encontraría en el principio de toda vida, que sin cesar nos está presente, y que imprime a cada instrumento un movimiento original que lo hace obrar de una manera incomparable.

Jesús nos ha enviado un Maestro al que no escuchamos lo bastante. Habla a todos los corazones, diciendo a cada uno la palabra de vida, la palabra única; pero no se lo escucha. Nos gustaría saber lo que dice a los demás, ni siquiera escuchamos lo que nos dice a nosotros mismos. No miramos lo bastante las cosas en el ser sobrenatural que les da la acción divina. Siempre hay que recibirla y responderle, según lo merece, de todo corazón, con una actitud llena de confianza y de generosidad, pues ella no puede hacer mal a quienes la reciben así.

La inmensa acción que, desde el comienzo hasta el fin de los siglos, es siempre la misma, se extiende

sobre todos los momentos y se da, en su inmensidad y en su virtud, al alma sencilla que la adora, que la ama y que sola goza de ella. Dices que estarías encantado de hallar una ocasión de morir por Dios; que una acción de tal envergatura, una vida así te sería agradable. Perderlo todo, morir abandonado, sacrificarte por los demás, estas ideas te embelesan.

Y yo, Señor, no me canso de dar gloria a tu acción; encuentro en ella toda la felicidad del martirio, de las austeridades, de los servicios prestados al prójimo. Esta acción me basta; cualquiera sea la manera como ella me haga vivir y morir, estoy contento. Ella me place por sí misma, más allá de todas las cualidades de sus instrumentos y de sus efectos, puesto que ella se extiende sobre todo, lo diviniza todo, todo lo cambia en sí. Todo me es cielo; todos mis momentos me son la acción divina en toda su pureza, y viviendo y muriendo quiero estar contento de ella.

Si, caro amor, ya no indicaré más los momentos ni los modos, siempre seas bienvenido. Paréceme, acción divina, que me has desvelado tu inmensidad. Ya no busco en parte alguna, sino en tu seno infinito. Todo lo que hoy fluye de ti, fluía ayer. Tu fondo es el lecho de un torrente de gracias que se derraman incesantemente; tú las sostienes, tú las activas. No es pues, en los límites estrechos de un libro, de una vida de santos, o de una idea sublime, donde debo buscarte. Esas no son sino gotas de este mar que veo expandirse por sobre todas las criaturas. La acción divina

las inunda todas, y son como átomos que desaparecen en este abismo. Ya no buscaré más esta acción en los pensamientos de las personas espirituales. No iré más a pedir mi pan de puerta en puerta; no esperaré nada de las criaturas.

Si, Señor, quiero vivir de manera tal que te haga honor, como hijo de un verdadero Padre infinitamente bueno, sabio y poderoso. Quiero vivir conforme a lo que creo, y, puesto que esta acción divina se aplica constantemente y a través de todas las cosas a mi perfección, quiero vivir de este grande e inmenso beneficio; renta que no falla, siempre presente y de la manera más útil. ¿Hay acaso alguna criatura cuya acción pueda igualar la de Dios? y puesto que esta mano increada maneja ella misma todo lo que me acontece ¿iré a buscar socorros en las criaturas, que son impotentes, ignorantes e indiferentes? Moriría de sed, correría de una fuente a otra, de arroyo en arroyo, y tengo aquí un mar que ha hecho un diluvio: el agua me rodea por todas partes. Todo se convierte en pan para alimentarme, jabón para blanquearme, fuego para purificarme, tijeras para darme rasgos celestiales. Todo es instrumento de gracia para mis necesidades; lo que yo buscaba en todas las demás cosas, eso mismo me busca sin cesar y se me entrega a través de todas las criaturas.

¡Oh, amor! ¿es posible que todo esto se ignore, que te lances así sobre tus criaturas, por así decirlo, con todos sus favores, y éstas en cambio te busquen en todos los rincones y recovecos donde no te

encuentras? ¡Qué locura la de no respirar cuando se está al aire libre, buscar donde asentar el pie en pleno campo, no encontrar agua en un diluvio, no hallar a Dios, y no gustarlo, no recibir su acción en todas las cosas!

¿Buscáis el secreto para pertenecer a Dios, queridas almas? No hay otro secreto que el servirse de todo lo que Dios os ofrece. Todo lleva a esta unión, todo perfecciona, excepto lo que especado o falta aun deber; no hay sino recibirlo todo, y dejar hacer. Todo os dirige, os corrige y os lleva. Todo es litera y carruaje cómodo. Todo es mano de Dios. Todo es tierra, aire, agua divina. Su acción es más extendida y más presente que los elementos. Entra en vosotros por todos vuestros sentidos, supuesto que no uséis de ellos sino conforme al designio de Dios, pues es preciso cerrarlos y resistir a todo aquello que no es conforme a Su voluntad. No hay ni un solo átomo que, al penetraros, no haga penetrar en vosotros esta acción divina hasta la médula misma de vuestros huesos. Todo es de ella y por ella. Ese licor vital que corre en vuestras venas, no lo hace sino por el impulso que esa acción divina le da; toda la diversidad que existe en vuestros movimientos, la fuerza o la debilidad, la languidez o la vivacidad, la vida o la muerte, son instrumentos divinos que ella pone en juego para realizar vuestra santificación. Todos los estados corporales se convierten, bajo su influjo, en operaciones de gracia. Todos vuestros sentimientos, todos vuestros pensamientos, de cualquier parte que venga, todo parte de

esa mano invisible. No hay corazón ni espíritu creado que pueda enseñaros lo que esa acción hará en vosotros; lo aprenderéis por sucesivas experiencias. Vuestra vida corre sin cesar en ese abismo desconocido donde siempre hay que amar y estimar como lo mejor lo que se presenta, por una perfecta confianza en esa acción, que por sí misma no puede hacer otra cosa que bien.

¡Sí, caro amor, todas las almas llegarían a estados sobrenaturales, sublimes, admirables, inconcebibles, si todas se contentasen con tu acción! Sí, se supiese dejar obrar a esta divina mano, se alcanzaría la perfección más eminente. Todas las almas llegarían a ella, pues a todos se ofrece. No hay sino abrir la boca, y ella sola entrará, puesto que no hay alma que no tenga en ti su modelo infinitamente perfecto, y que tu acción no trabaje sin cesar para hacerla semejante a ese modelo. Si ellas fuesen fieles a ésta tu acción, todas vivirían, obrarían, hablarían divinamente; no les haría falta copiarse las unas a las otras, ya que la acción divina las singularizaría a todas mediante las cosas más comunes.

¿Por qué medio, oh Dios mío, podré hacer gustar a tus criaturas esto que aquí les anticipo? ¿Es posible que tenga yo un tesoro tan grande y que, pudiendo enriquecer a toda la humanidad, vea a las almas morir en su indigencia? ¿Es posible que las vea secarse como las plantas de los desiertos, cuando les muestro la fuente de las aguas vivas? Venid, almas sencillas, que nada sabeis de métodos de devoción;

vosotras que no tenéis ningún talento, y ni siquiera los primeros rudimentos de instrucción; vosotras que no entendéis nada de términos espirituales, que os asombráis y admiráis de la elocuencia de los sabios; venid, que os enseñaré un secreto que os hará aventajar a todos esos espíritus sutiles: os haré tan accesible la perfección que la hllaréis siempre bajo vuestros pies, sobre vuestra cabeza y a vuestro alrededor; os uniré a Dios como si le tuvierais de la mano desde el primer momento en que practiquéis lo que os voy a decir. Venid, no para conocer el mapa del país de la espiritualidad, sino para poseerlo y pasearos por él a vuestras anchas, sin temor a extraviaros. Venid, no ya para estudiar la teoría de la gracia divina; ni para aprender lo que ella ha hecho a lo largo de los siglos y lo que hace aun hoy, sino sencillamente para ser los sujetos mismos de su operación. No os hace falta saber las palabras que ella ha hecho oír a otros, para luego recitarlas vosotros ingeniosamente; ella os dará palabras que os serán propias.

Capítulo XII

La acción divina es la única que puede santificarnos, porque ella se regula conforme al ejemplar divino de nuestra perfección

La acción divina ejecuta, en la sucesión de los tiempos, las ideas que la eterna Sabiduría ha formado de todas las cosas. Sólo Dios puede hacer conocer a cada alma la idea que ella está destinada a realizar. Aunque conocieses todas aquellas que no son para ti, ese conocimiento no podría dirigirte en nada. La acción divina ve en el Verbo la idea conforme a la cual debes ser conformado; esa idea es el modelo que ella apunta a reproducir. Ella ve en el Verbo todo lo que es conveniente para cada alma santa. La Escritura abarca una parte, y la operación del Espíritu Santo en el interior de las almas acaba lo demás, sobre los modelos que el Verbo le propone. ¿Acaso no está claro que el único secreto para recibir el cuño de esta idea eterna es ser entre sus manos un sujeto sencillo y dócil, y que nada pueden hacer para ello los esfuerzos y especulaciones del propio espíritu? ¿No es acaso manifiesto que ésta no es cuestión de habilidad, de inteligencia, de sutileza de espíritu, sino que ha de realizarse por vía pasiva, por la disposición a dejarse trabajar, como el metal en un molde, como una tela bajo el pincel, o como una piedra bajo la mano del escultor? ¿No se ve acaso que el conocimiento de todos esos misterios divinos que la volun-

tad de Dios realiza y realizará en todos los siglos, no es en modo alguno lo que hace que esta misma Voluntad nos haga conformes a la imagen que el Verbo ha concebido de nosotros, y que nuestra semejanza al diseño divino no puede venirnos sino de la impresión de ese cuño misterioso, y que esa impresión no se realiza en el espíritu, mediante ideas, sino en la voluntad, por el abandono?

La sabiduría del alma simple consiste en contentarse con lo que le es propio, en encerrarse dentro de los límites de su sendero, y no querer salirse de su línea. No siente curiosidad por saber los modos de obrar de Dios; se contenta con el designio de la divina voluntad sobre ella, sin hacer esfuerzos para adivinarla por comparación, por conjeturas, y sin querer saber más que lo que cada momento le revela; escuchar la palabra del Verbo cuando ésta se hace oír en el fondo de su corazón, sin pedir al Esposo información acerca de lo que les ha dicho a otras almas, contentándose con lo que ella recibe en el fondo de su alma de manera tal que, momento a momento, todo la diviniza sin que ella lo sepa. He ahí de qué manera el Esposo habla a su esposa, por los efectos muy reales de su acción, que la esposa no escruta curiosamente, sino que la acepta con amorosa gratitud. Así la espiritualidad de esta alma es simple, sólida e íntimamente difundida por todo su ser. No son las ideas ni las palabras tumultuosas las que la determinan a obrar, pues solas sólo sirven para hinchar. Mucho se usa hoy del ingenio para la piedad; empero no es muy

necesario para ella, y a menudo es perjudicial. No habría que guiarse sino por lo que Dios da a padecer y a hacer, y en cambio muchas veces deja uno esta sustancia divina para ocupar su mente con las maravillas históricas de la acción divina, en lugar de aumentarlas con su fidelidad.

Las maravillas de esta obra divina, que satisfacen nuestra curiosidad en nuestras lecturas, a menudo no sirven sino para disgustarnos de las cosas pequeñas en apariencia, mediante las cuales el amor divino haría en nosotros grandes cosas si no las despreciásemos. ¡Insensatos que somos! Admiramos y bendecimos esta acción divina en los escritos que relatan su historia y, cuando ella quiere continuar escribiéndola en nuestro corazones, entonces mantenemos el papel en una inquietud continua y le impedimos obrar, por la curiosidad de querer ver lo que hace en nostros y lo que hace en otros.

¡Perdón, divino amor, pues no escribo aquí sino mis defectos, y todavía no he comprendido lo que es dejarte obrar! Todavía no me ha dejado echar en el molde. He recorrido todos tus talleres, he admirado todas tus figuras, pero no he alcanzado todavía el abandono necesario para recibir los trazos de tu pincel. ¡Por fin te he encontrado, mi amado maestro, mi doctor, mi padre, mi caro amor! Seré tu discípulo, no quiero ir a otra escuela que la tuya. Vuelvo, como el hijo pródigo, hambriento de tu pan. Dejo de lado las ideas, que no tenderían sino a satisfacer la curiosidad de mi espíritu; no quiero ya correr tras los maestros y

tras los libros; ya no usaré más esos medios, sino bajo la dependencia de la acción divina, no para satisfacerme, sino para obedecerte en todas las cosas que me presentes. Quiero encerrarme en el único asunto del momento presente, para amarte, para cumplir mis obligaciones, y para dejarte obrar.

Libro Tercero

DE LA ASISTENCIA PATERNAL

CON QUE DIOS RODEA A LAS ALMAS QUE SE ABANDONAN A EL ENTERAMENTE

Capítulo I

Dios se hace el guía de las almas que se abandonan enteramente a Él

"Ofreced un sacrificio de justicia y esperad en el Señor", decía el profeta (Sal 4,6). Vale decir que el grande y solo fundamento de la vida espiritual consiste en darse a Dios, para someterse a su voluntad en todo, en lo interior y en lo exterior; y en segundo

lugar en olvidarse tanto de sí mismo que se mire uno como una cosa vendida y entregada, sobre la cual no se tiene ya ningún derecho; de tal manera que el beneplácito de Dios constituya todo nuestro gozo, y que su felicidad, su gloria y su ser sean nuestro único bien.

Una vez puesto este fundamento, el alma ya no tiene otra cosa que hacer que pasar toda su vida en gozarse de que Dios es Dios, abandonándose de tal manera a su beneplácito que experimenta igual contento en hacer esto o aquello, o lo contrario, según que esa adorable Voluntad lo disponga, sin formular reflexión alguna sobre el uso que la divina voluntad hace de ella.

¡Abandonarse! Tal es, pues, el gran deber que queda por cumplir, después de haber cumplido fielmente todas las obligaciones de su estado. La perfección con que se cumpla este gran deber, será la medida de la santidad.

Un alma santa no es sino un alma libremente sometida a la voluntad divina, con la ayuda de la gracia. Todo lo que se sigue de este libre asentimiento es obra de Dios, y no del hombre. Al recibirlo el alma a ojos cerrados, en un abandono y una indiferencia universales, Dios no le pide más que esta sola disposición: todo lo demás lo determina y lo elige Él según sus designios, a la manera como un arquitecto señala y dispone las piedras del edificio que quiere construir.

Hay pues que amar en todo a Dios y su plan divi-

no: hay que amarlo tal como se presenta, sin desear nada más. Que se nos presenten tales o cuales objetos, no es asunto nuestro, sino de Dios, y lo que Él da es lo mejor para el alma. ¡Qué gran compendio de espiritualidad es esta máxima, este abandono puro y total al designio de Dios! Y ahí, en el continuo olvido de sí mismo, ocuparse eternamente de amarlo y de obedecerlo, sin todos esos temores, esas reflexiones, esas vueltas sobre sí mismo, esas inquietudes que muchas veces produce la preocupación por la salvación y por la propia perfección. Puesto que Dios se nos ofrece para ocuparse de nuestros asuntos, dejémoslos pues de una buena vez en manos de su infinita sabiduría, para no ocuparnos ya sino de Él y de lo que le concierne.

¡Vamos, alma mía!, vayamos con la mirada puesta por encima de todo lo que ocurre dentro y fuera de nosotros, siempre contentos de Dios, contentos de lo que Él hace de nosotros y de lo que nos hace saber. Cuidémonos bien de comprometernos imprudentemente en esa multidud de reflexiones inquietas que, como otras tantas sendas perdidas, se ofrecen a nuestro espíritu para extraviarlo y para hacerle dar, a pura pérdida, pasos sin fin. Dejemos atrás ese laberinto de nuestro amor propio, saltándole por encima, y no recorriéndolo por sus interminables repliegues.

Vayamos, alma mía, a través de las languideces, las enfermedades, las sequedades, las variaciones de humor, las debilidades del ánimo, los lazos del demonio y de los hombres, sus desconfianzas, sus celos,

sus ideas siniestras y sus prevenciones. Volemos como un águila por encima de todas esas nubes, con la vista siempre fija en el sol, y en nuestras obligaciones que son sus rayos. Sintamos todo aquello; no depende de nosotros no experimentarlo. Pero recordemos que nuestra vida no está fundada en el sentimiento. Vivamos en esa región superior del alma, donde Dios y su voluntad obran una eternidad siempre igual, siempre uniforme, siempre inmutable. En esta morada totalmente espiritual, donde el increado, el indistinto, el inefable mantiene el alma infinitamente alejada de todo lo que es propio de las sombras y de los átomos creados, se mantiene uno en la calma, aun en aquellos momentos en que los sentidos son presa de las tempestades. Se ha hecho uno independiente de los sentidos; sus agitaciones, sus inquietudes, sus idas y venidas y sus cien metamorfosis no turban ya más que lo que turban las nubes que por un momento oscurecen el cielo y luego desaparecen. Se sabe que todo eso ocurre como en el aire, donde todo carece de conexión y de orden en una perpetua vicisitud. Dios y su voluntad, he ahí el objeto eterno que encanta el corazón en el estado de fe, como en el estado de gloria constituirá su verdadera felicidad; y ese estado glorioso del corazón influirá sobre todo el compuesto material, que al presente no es sino la presa de los monstruos, de los buitres y de las fieras salvajes. Bajo estas apariencias, por terribles que sean, la acción divina, al dar al corazón una soltura toda celestial, lo hará brillar como el sol; pues las

facultades del alma sensitiva y las del cuerpo son trabajadas aquí como el oro, el hierro, el lino y las piedras. Al igual que ocurre con la materia de estas diversas cosas, ellas no alcanzarán el brillo y la pureza propios de su forma sino después de haber recibido muchos tratamientos, y sufrido muchas podas y destrucciones. Todo lo que sufren aquí abajo, bajo la mano de Dios, no sirve sino para mejor disponerlas.

El alma de fe, que sabe el secreto de Dios, permanece totalmente en paz, y todo lo que en ella ocurre, en lugar de espantarla, la tranquiliza. Intimamente persuadida de que es Dios quien la conduce, todo lo recibe como gracia, y vive olvidada del sujeto sobre el cual Dios trabaja, para no pensar sino en la obra confiada a sus cuidados. Su amor la anima sin cesar a cumplir fielmente y con exactitud sus obligaciones. Todo lo *distinto*, en el alma que ha sabido abandonarse, es la acción de la gracia, excepto los pecados, que en ella son leves y que esta acción misma ordena al bien. Llamo lo *distinto* a todo aquello que el alma sensible recibe en cuanto a impresiones afligentes o consoladoras, por medio de los objetos a los cuales la voluntad divina la aplica sin cesar para su bien; lo llamo *distinto*, porque es lo que el alma distingue mejor, de todo lo que ocurre en ella. Encontrar a Dios bajo todas esas apariencias, es el gran arte de la fe; y servirse de todo ello para unirse a Dios, es el ejercicio de tal arte.

Capítulo II

Dios conduce tanto más seguramente al alma que se abandona a Él, cuanto más parece cegarla

Es sobre todo respecto de las almas que se abandonan plenamente a Dios, que se cumplen aquellas palabras de San Juan: *No teneis necesidad de que se os instruya, porque la unción divina os instruye acerca de todo* (1 Jn. 2,27). Para saber lo que Dios pide de ellas, no tienen más que consultar a esta unción, sondear su propio corazón, escuchar lo que dice; él es en cada caso el intérprete de la voluntad de Dios. Pues la acción divina enmascarada le revela sus designios, no mediante ideas, sino por instinto. Ella misma le descubre estos designios, ya sea por necesidad, no permitiéndole tomar otra partido que el que se presenta; ya por un primer movimiento y una especie de transporte sobrenatural, que la impulsa a obrar sin reflesión; ya sea, por último, por una impresión de inclinación o de alejamiento, que le deja toda su libertad pero no por ello la inclina menos a acercarse o a alejarse de determinados objetos. Si nos atuviésemos a las apariencias, parecería haber allí una gran carencia de virtud al dejarse llevar así a lo incierto. Si juzgamos según las reglas ordinarias, no parece hacer en tal conducta nada fijo, es el más alto grado de virtud comportarse así, y de ordinario sólo se llega a él después de haberse ejercitado largo tiempo. La virtud de este estado es la virtud a secas, es la perfección

misma. Se es entonces como un músico que uniera a una larga ejercitación un perfecto conocimiento de la música; estaría tan lleno de su arte que, aun sin proponérselo, todo lo que en ese campo hiciera poseería la perfección; y si luego se examinaran sus composiciones se encontraría en ellas una conformidad perfecta con lo que prescriben las reglas. Habría que convencerse de que jamás lo hubiera hecho mejor que cuando, libre de las reglas que aprisionan al genio cuando se las sigue demasiado escrupulosamente, hubiera obrado sin trabas; y sus impromptus, como otras tantas obras maestras, provocarían la admiración de los entendidos.

Así el alma que se ha ejercitado largo tiempo en la ciencia y en la práctica de la perfección, bajo el imperio del razonamiento y de los métodos de que ella se ayudaba para segundar a la gracia, se forma insensiblemente un hábito de obrar en todo por el instinto de Dios. Parece entonces no tener más que hacer que lo primero que se presenta, sin esa serie de razonamientos que antes necesitaba. No le queda ya sino obrar a la ventura, no pudiendo hacer otra cosa que entregarse al impulso de la gracia, que no puede extraviarla. Lo que ella hace en este estado de simplicidad no presenta sino maravillas a los ojos iluminados, que saben ver, y a los espíritus inteligentes. Sin regla, nada hay más exacto; sin medida, nada mejor concertado; sin reflexión, nada más profundo; sin artificio, nada mejor combinado; sin esfuerzos, nada más eficaz; y sin previsión, nada que se ajuste

mejor a los acontecimientos sobrevinientes.

La lectura espiritual, gracias a la acción divina, da a menudo la inteligencia que los propios autores jamás han tenido. Dios se sirve de las palabras y de las acciones de otros para inspirar verdades que aún no habían sido descubiertas. Si quiere iluminarnos por estos medios, es abandono el servirnos de ellos; y todo medio aplicado por la acción divina tiene una eficacia que supera siempre su virtud natural y aparente.

Es lo característico del abandono el llevar siempre una vida misteriosa, y recibir de Dios los dones extraordinarios y milagrosos a través del uso de las cosas comunes, naturales, fortuitas, de azar, y donde no se muestra otra cosa que el curso ordinario de los humores del mundo y de los elementos. Así, los sermones más sencillos, las conversaciones más comunes y los libros menos elevados se convierten para estas almas, en virtud de los designios de Dios, en fuentes de inteligencia y de sabiduría. Por eso es que ellas recogen con cuidado las migajas que los espíritus fuertes pisotean. Todo le es precioso, todo las enriquece; están en una indiferencia indecible con respecto a todas las cosas, y sin embargo no despreciar ninguna, respetándolas todas y sacando provecho de todas ellas.

Cuando Dios está en todas las cosas, el uso que de ellas se hace por orden suya no es ya uso de las criaturas, sino goce de la acción divina, que transmite sus dones por estos diferentes canales. No santifican por